****

Estimado rector, secretaria general, decana, profesores, apoderados, compañeros, compañeras, amigas y amigos:

Llegó el día. Suena cliché, pero así es. Llegó nuestra anhelada titulación. Nuestro primer día como verdaderos periodistas. Hay tantos titulados aquí como motivos de porqué entramos a estudiar esta carrera. Por llevarles la contra a nuestros padres, por querer cambiarse a derecho o a comercial, o por el sincero amor a comunicar.

Por lo que haya sido, acá estamos. Llegamos desde Antofagasta, Iquique, Quintero, Viña, Rancagua, Osorno e incluso desde Colombia y Costa Rica, entre tantos otros lugares, con la ilusión de algún día convertirnos en profesionales y ese día, finalmente llegó.

En lo personal, me fui enamorando de a poco de esto. Con miras hacia el lado empresarial las que más tarde se convertirían en ganas de ser la voz de quienes no la tienen. De estar donde las cosas están pasando y así poder captar en carne propia las emociones de las personas con quien se habla. Porque eso es lo que somos. Antes que periodistas, antes que profesionales, somos personas. Y eso jamás hay que olvidarlo.

“Para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias”. Lo anterior lo dijo el periodista y escritor, Ryzsard Kapuschinski, en su libro “Los cínicos no sirven para este oficio” que, para mi suerte, me lo regaló un profesor, hoy un colega, a quien quiero y entrego el mérito de muchos de mis logros.

Sin duda hemos cambiado. No somos los mismos que entramos en primer año. De eso se trata, ¿no? De aprender y de absorber lo más que podamos de cada experiencia que nos toque vivir. Y yo al menos, créanme que he aprendido mucho durante esta etapa.

Entré queriendo ser una persona nueva. Puede que para muchos sea una tontera, o algo que a cualquiera le pasa, pero después de repetir tercero medio en el colegio, me di cuenta de que necesitaba ser algo más de lo que estaba siendo. Que no podía conformarme con cumplir todo a medias, y en esta universidad, descubrí que si me lo proponía, podía lograr grandes cosas. El sentir que quienes te guían, confían en tus capacidades y que las correcciones vienen desde el cariño, sinceramente, no tiene precio. Y es precisamente gracias a esa confianza que estoy aquí hoy leyendo este discurso.

Las palabras de aliento, las conversaciones y las risas entre clases, sin duda, son parte de ese crecimiento. Nombres como Manuel Délano, Karen Trajtemberg, Carlos Franco, Fabiana Rodríguez-Pastene, Sebastián Alaníz, Bárbara Fuentes y Juan Pablo Herrero, son y serán parte de quien somos hoy y de quienes seamos como profesionales el día de mañana.

En otras universidades, los alumnos muchas veces somos solo un número, y en el mejor de los casos, un apellido. Aquí es distinto y así quedó siempre demostrado. Una posibilidad para subir una nota, un consejo profesional y hasta una pena de amor, tuvieron las puertas abiertas de las oficinas del segundo piso del edificio D. Nuestra casa durante todo este tiempo.

Es muy difícil resumir cinco años en un discurso. Más difícil es tratar de juntar todos esos recuerdos sin sentir al menos nostalgia, sabiendo que ya quemamos esta etapa y que llegó la hora de comenzar una nueva. Llena de temores a lo que nos toca enfrentar, pero con la convicción de que todo lo absorbido durante nuestro paso por la universidad, nos dará las herramientas para ser buenos profesionales y dejar una huella especial en cada lugar.

Pero cómo no hacer mención especial a lo que fue este último año, cuando llegaron los viñamarinos y nos dividimos. Los de medios y los de corporativo.

Una de las mejores decisiones que pude tomar fue seguir mi instinto. Guiarme por lo que me hizo sentir el periodismo en terreno y elegir el camino de la vocación. El de los medios. Ahí encontré personas increíbles, con las cuales pude compartir el amor por lo que hacemos, porque pucha que hay que sentir pasión por esto para dejar los pies en la calle con tal de transmitir. De comunicar.

Las jornadas eran eternas, sobre todo las del taller de redacción con el profe Délano y Cristian, nuestro querido ayudante. Para qué decir cuando nos tocó hacer tele con el profe Alaníz. Entre reportear, editar y luego salir al aire con el noticiero, nos faltó poco para traer carpas y alojar acá. Eso sí, siempre había ánimo para un reggaetón mañanero, o para un café con un cigarro conversado a media mañana en los pastos, sintiendo un poco de envidia al ver que los de corporativo se iban temprano.

La tregua al cansancio llegó con el profe Carlos Franco, cuando nos tocó hacer radio. Podíamos aprovecharnos del reporteo por teléfono y salíamos más temprano, así que había un poco más de vida. Además, hizo que varios nos reencantáramos con esta forma de comunicar que muchas veces damos por sentada. Sin embargo, es la primera a la que recurrimos cuando el resto no está.

Si bien no fui parte del magíster en comunicaciones corporativas, pude ver que mis compañeros vibraban tanto como nosotros en su área. Formar grupos para representar a una agencia, el generar estrategias de comunicación y el ejercicio de manejar una crisis que eventualmente podría ser real, los hacía sentir la misma pasión que nosotros teníamos al sacar un noticiero al aire.

Y al final del día, eso es lo que importa. El ser feliz con lo que se hace. Da lo mismo si escogimos maneras distintas de ejercer nuestra carrera. Lo importante es que cada uno, a pesar del cansancio y del ajetreo diario, tenga el corazón lleno al volver a su casa, por haber hecho lo que le gusta.

Lo que queda es agradecer. Agradecer todo lo que se alineó para que pudiéramos estar aquí. Este grupo. Estos profesores. Siempre he creído que todo pasa por algo y si coincidimos, es porque necesitábamos que cada uno de nosotros aportara su granito de arena en la vida del otro. Y cómo no agradecer a quienes estuvieron apoyándonos desde el día uno para llegar a ser profesionales: nuestras familias. Mamá, papá, gracias por dejarme cumplir mis sueños.

De este lugar me llevo aprendizaje, habilidades, guías, consejeros, amigos y sobre todo, mucho amor. Hacia adelante, espero que tengamos fe en nuestras capacidades, porque todo lo que queremos está más allá del miedo y llegó la hora de demostrar lo que somos.

Mucho éxito compañeros en todo lo que emprendan (…) porque les aseguro que, en esta escuela, nos entrenaron bien.

Muchas gracias.

26 de junio de 2019.